1

DESEO SIN HISTORIA

Jorge Urrutia

Dada mi relación directa, paternofilial, que me une a Leopoldo [Urrutia] de Luis, no me parece ético que un texto mío de crítica literaria comparta este volumen con profesionales de la crítica o el profesorado que comentan la obra del poeta. Parecería que hablo desde un cierto asiento de autoridad que no debo ocupar. Por eso, me permito ofrecer esta reflexión, no crítica, sino literaria. Muchas gracias.

Todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce generaciones; y desde David hasta la transmigración de Babilonia, catorce generaciones; y desde la trasmigración de Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones. Y desde Cristo hasta Leopoldo sesenta y tres generaciones. "La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos". A eso se le llama moralidad y los padres la enseñan a los hijos.

Había conocido el mundo, en 1918, ciento cinco generaciones después, y los seres humanos tenían mucha más experiencia que José de Nazaret. Sin embargo, también nos embustieron, nos engañaron, nos mintieron, nos embustearon, nos trapalearon, nos dijeron ser quienes no eran, y fueron quienes juraron no ser. Guerras, revoluciones, imperios, Áfricas y colonias, protectorados e invasiones, todo falso, cuento, fábula, supercheria, fingimiento, argucia, perjurio y deslealtad. Ciento cinco generaciones de sombra, de lobreguez, de tiniebla y noche. Ciento cinco generaciones

de responsabilidad irresponsable. Ciento cinco generaciones de dolor. Y, sin embargo, Imre Kèrtész, que pasó adolescente por varios campos de concentración, que conoció todos los dolores, las injusticias extremas, el absoluto abandono de dios hasta su propia negación, escribe: "Incluso allá, al lado de las chimeneas había habido, entre las torturas, en los intervalos de las torturas algo que se parecía a la felicidad". A hablar de ello se llama moralidad.

Alejandro, el padre, el abuelo, el bisabuelo el tatarabuelo ya, descendiente no fue de Elí o de Jacob, sino hijo de Román, heredero de Domingo, a su vez hijo de Ildefonso y éste de Juan Antonio, hijo de Simón, que lo fue de Antonio, y así todos ellos afincados por siglos en la villa de Anguiano e hijosdalgo notorios de sangre, reconocido aquel Domingo de nuevo como tal cuando se avecinó en Palencia por la Real Chancillería de Valladolid el dos de octubre de mil ochocientos y uno, Alejando –digo– salió sin duda por aquella calle estrecha que marcaba el tiempo. Echó a andar y apreció el firmamento que se disecaba estático. Aquellos con los que se cruzaba mantenían inmóviles sus rostros mirando sorprendidos hacia arriba. Los vientos dejaron de soplar y hieráticas quedaron las hojas de los árboles. Se silenció el descenso de las aguas, se detuvieron los ríos y las olas. Todas las cosas se abismaron en el silencio. Una mujer le preguntó el camino y, luego, decidió acompañarlo porque trabajaba de partera. Afirmó llamarse Zelomí. Más tarde dijo: "Mi alma ha sido engrandecida hoy". A Salomé, su compañera, nunca se le carbonizó la mano por querer comprobar virginidad alguna.

Los mitos no pueden reproducirse nunca exactamente. Pero cabe inventarlos, elevarlos, aplicarlos, creerlos o no creerlos, fraguarlos, imaginarlos, concebirlos, tejerlos para hacer una tela en que envolver la esperanza y proteger el futuro desde un pasado hermoso. La partera encontrada, las aguas detenidas, los árboles inmóviles, el firmamento fijado en su eterna sinfonía muda, la mano ardida y ya sanada. Los mitos sólo son mitos y no verdad aunque la hermosean. Dijo Eugenio de Nora que, "en verdad, / la belleza del mundo no precisa / ser aumentada ni disminuida". ¿Pero quién dijo que también hubo una muerte hermosa?

Un cronista no puede olvidar las contradicciones porque se dan en el mundo y su deber es hacerse cristal, transparentar o transformarse en un espejo paseado por el borde del camino y procurar que no sea ni cóncavo ni convexo, mas si lo fuera tampoco importaría. Reflejo más, reflejo

menos, distorsión a derecha o distorsión a la izquierda, encogimiento o protuberancia, dolor y felicidad dejan su huella. Los filósofos.

Los filósofos hablan del bien o del mal, de la belleza o la fealdad, del nacionalismo y del multiculturalismo. Pero no buscan el bien en el mal, ni el mal en la bondad, ni la fealdad tan bella que existe o la belleza escondida en la fealdad de la persona amada, ni el nacionalismo encarnado en un cosmopolita. Los filósofos.

Vi asesinos compasivos, incultos sabios, feos hermosos o violentos delicados. He conocido demócratas traidores, mentirosos confesos y cómicos tristes. Supo Leopoldo trazarme la carta de navegación para mi singladura. A eso se le llama moralidad.

Ninguno de los dos, ni Leopoldo hijo de Alejandro, ni Alejandro hijo de Román, vivisteis ciento once años, que os vi morir a ambos, pero en vosotros el ángel dijo que se resumían las generaciones. Y aprendí de vuestras bocas que vale más poner tan sólo el pie en la casa del padre que toda la riqueza de este mundo. Poner el pie es tomar silla en la tierra y en el tiempo.

La puerta entornada quería ocultar la vida que es la muerte al niño inquieto y despistado. El vómito –cuán negro era!– anunciaba que el tiempo podía convertirse en pasado y eché a correr por la escalera abajo. Alejandro devolvía al mundo lo que el mundo le había dado. Todo lo recordé aquella madrugada junto al bulevar, cuando los fantasmas te hicieron vomitar en un enorme embudo impenetrable. Expulsado también de aquella sala, miré como de niño por la rendija generosa de la puerta maldita y contemplé un líquido viscoso que era blanco. Porque todo se repite, sea tragedia o tragedia, que no existe farsa alguna en el dolor. En la historia universal, los grandes hechos y personajes se producen dos veces: una vez como tragedia y otra vez como tragedia.

Vómito negro, vómito blanco. Leopoldo devolvía al mundo lo que el mundo le había dado. Ambos cumplisteis, como los revolucionarios, la misión de vuestro tiempo. Conocisteis el heroísmo, la abnegación, el terror, la guerra civil, las batallas de los pueblos y, en las tradiciones clásicamente severas de la república, pudisteis encontrar los ideales y las formas artísticas, las ilusiones que eran precisas para ocultarse y mantener la pasión a la altura de la gran tragedia histórica. Fue en torno del 18 bru-

mario cuando Leopoldo recibió aquella bala en la pierna. Allí, junto a los mataderos, frente al río, perdióse la niñez, la adolescencia, la juventud de un golpe, con la pequeña explosión de aquella bala fabricada en el viejo arsenal británico de Calcuta.

Un historiador, aunque sea un mero aficionado, siempre tiene documentos. Escriba del suicidio o de las ratas. Tengo los míos: ante todo mi propio testimonio, tan cierto o verdadero como cualquiera, que sólo los jueces creen los testimonios; después el hablar de los otros, tan torcido o derecho como las líneas rectas sumergidas. Leí los libros sagrados. Rebusqué en los presocráticos. Imaginé la antigua biblioteca de Alejandría. Recogí las confidencias de todos los personajes de esta crónica, aunque nunca me las hicieran, y leí cuanto papel descansó entre mis manos. ¿A ustedes qué más les da que lo que yo cuente haya o no sucedido? ¿Qué les puede importar si fui o no feliz, que lo fui, si fui castigado por falsear las notas, si jugué al baloncesto, que no jugué, si me enamoré pronto o tarde, si amé a la profesora de literatura del colegio, la de las bellas piernas, si me escapé de clase y eché o no a correr buscando la estación del metro para volver a casa? Ustedes sólo querrán saber lo que les interese, lo que responda a lo que ya piensan y si no lo digo no me creerán y si me creen tal vez haya mentido. Un ficción de vida, eso vivimos. Moralidad se llama confesarlo.

Habiendo muchos querido ordenar la historia de las cosas que entre nosotros fueron ciertas, no porque sucediesen, sino porque nos las enseñaron quienes dicen haberlas visto con sus ojos y, luego, fueron ministros de las palabras, me ha parecido también a mí escribirla, después de haberla entendido diligentemente. Ya ven que recurro a los evangelios con frecuencia. Me gustan los relatos porque reflejan lo que puede ocurrir, o lo que no pudo ser nunca. ¡Qué más da! La historia la escriben siempre los vencedores, aquellos que traicionaron, mataron, escupieron, se rieron de los vencidos, escribieron *Los valores morales del nacionalsindicalismo*, alabaron a los dictadores, se regalaron esos puestos y cargos llamados por eso regalías y, cuando nos dejaron aplastados por los golpes de la maza, "la mazificación", se confesaron piadosos y descargaron su conciencia. ¡Qué más da! El tiempo lo traga todo. Generación a generación. Miseria de la miseria, podredumbre. Cieno.

Y sin embargo, hubo espacio para la felicidad. Hubo que crearlo, edificarlo piedra a piedra, ladrillo a ladrillo, piedra y ladrillo como las

hermosas casas e iglesias madrileñas del siglo XVII. Así San Ginés, o las modestas casas del barrio de mi infancia, ladrillo del derecho, ladrillo del revés, ladrillo vertical y ladrillo horizontal, ladrillo simple y ladrillo dibujado. No tuve una infancia de piedra y palacio, ni de balcón hermoso y fuerte apoyadero de granito, sino de ladrillo y cemento en mi balcón a la calle. Me perdía por el barrio de Salamanca, pero era una explorador de los Cuatro Caminos. No supe de las pastelerías elegantes, pero sí moverme por el mercado de Maravillas y al lado de mi casa compraba la leche en una vaquería. Más de una vez vi desde el balcón cómo se llevaban las dos vacas, ya secas y cansadas, para traer a otras, jóvenes madres entusiastas, a gastarse por cubrir el ansia de los vecinos, el hambre del barrio. Los viejos y los achacosos las contemplaban esperanzados, tras los visillos que ocultaban sus toses y alifafes. Luego bajaba a cambiar, por unos céntimos, el tebeo ya leído a una tienduca que ofrecía novelas de páginas oscurecidas e historias de colorines, mil veces ojeadas y gastadas sus esquinas. Diego Valor, el piloto del espacio, las aventuras del febei, Roberto Alcázar (¡ostras, Pedrín!). Veía los haigas que de higos a brevas pasaban por la calle sin detenerse y la procesión de todos los años, lenta, despaciosa, monótona, desesperada en su esperanza, con las mujeres de velo en la cabeza que cantaban a María, y mi abuelo que conversaba con Leopoldo de los artículos del suplemento literario del *Arriba*. "De este periódico, al menos, se sabe lo que piensa", decía mi padre. En nebulosa recuerdo un coche con gasómetro. ¿Cualquier tiempo pasado fue peor, o el recuerdo es un refugio del sentimiento, la cama de los deseos, la alfombra de los sueños? Moza para Roma y vieja a Benavente.

La historia no consiste sino en amontonar retazos de vida. Unamuno hablaba de intrahistoria, más Sancho que don Quijote, al fin. ¿Más valle que montaña? Hay hombres valle y hombres que son montaña. Tal vez todos aspiramos a la altura. Pero unos no existen sin otros y es sabido que Sísifo subía la piedra hasta la cima para que luego rodara ladera abajo. ¿Sabía Sísifo que ello iba a ocurrir? ¿Y si lo sabía, por qué ascender y subirla? ¿Conocía Federico Sánchez que la huelga, aunque triunfase, no triunfaría? ¿Sabíamos los estudiantes que la manifestación, aunque numerosa, nunca alcanzaría la calle de la Princesa? El triunfo no es generalmente triunfo alguno. Y sin embargo se sube la piedra, se proclama la huelga, se va a la manifestación. En cualquier desesperanza cabe la esperanza. Aceptarlo es una moral.

La carretera serpentea entre los árboles del bosque pegada a las rocas enormes. Pasó por àquí Rolando y fue hostigado sin duda insistentemente por enemigos invisibles. Camino, me digo, por la vieja historia o por la leyenda. ¿Importa distinguirlo? Rolando sería joven, fuerte y rubio, con algo de inocencia en la mirada, manos finas y blancas. Sabía que el mando de la retaguardia no lo había obtenido por méritos contraídos en batalla, sino por ser sobrino de Carlomagno. Ahora, cuando ve caer a sus hombres uno a uno, se pregunta si la familia es mérito suficiente, imprime carácter, transmite valentía y comunica tácticas. Se arma de valor, porque a veces el hábito hace al monje, y toma con fuerza un hacha. Le preguntan los soldados temerosos qué piensan hacer. No contesta. Se esconden tras las grandes piedras. Retrocede unos metros, levanta el arma primitiva y simple que los enemigos no distinguen con sus gritos, piedra, cuchillo, hacha, se multiplican voces incomprensibles que se entremezclan. ¡—Aiz..., aiz...! El mayor grito, tremendo grito, grito atronador de Rolando libera la rabia por la inutilidad del acto, lo absurdo de su presencia, la vergüenza sentida ante los viejos guerreros. Al caer el hacha se abre la montaña, ruedan las piedras y por el desfiladero escapan los hombres cercados. Mientras, Rolando muere aplastado por las rocas. ¡—Aiz..., aiz...! Sabemos que, en días de tormenta, todavía se oye el quejido profundo de la montaña abierta.

Leopoldo se vio desposeído de cualquier apoyo, sin saber por qué, ¿o supo desde el principio que rodaría la roca montaña abajo? Del ser a la nada, con el hacha o la piedra en la mano, con el cuchillo, con el recuerdo seminal de Anguiano, abriendo desfiladeros cada día para que yo fuese al colegio, mi madre acomodara el alimento, Alejandro sobreviviera, José Luis no careciese de recuerdo, la belleza siguiera entre nosotros verso a verso, en el barrio madrileño de casas de ladrillos que se adornaban a sí mismos, desmontes pedregosos, procesiones anuales, haigas huidos, coches con gasógeno, juegos florales y traidores. Sólo sobrevive la alegría. La moral.

Escribo estas páginas lejos de casa. Ya se sabe, casi como el Marqués de Bradomín, viejo y en el extranjero. Son un fragmento amable de unas memorias. Es una mañana luminosa. L'Auberge está medio vacía y conserva la vieja fachada que vieron generaciones. Entran aquí trabajadores que no vieron una guerra o huyeron de ella, descansan aquí unos minutos de la albañilería, campesinos con olor a árboles cansados, agentes de tráfico a los que el calor inusual agobia. También jóvenes viajeros a pie

que sustituyen a los vagabundos de los relatos decimonónicos. Luego, a deshora, llegan hombres trajeados, mujeres de falda estrecha y cartera de mano, trabajadores de despacho en la pausa para el almuerzo. Cerrarán el día dos matrimonios de jubilados que, tranquilos, pedirán una cena cuidada acompañada de un vino blanco de la zona. Todos descansaron su mirada en el agua del lago. Y el agua del lago parece no transcurrir, como el tiempo, tal vez permanecieron contemplando el cielo inmóvil y las hojas de los árboles se cuadraron. La corriente no cesa, sin embargo, bajo la superficie. Es la intrahistoria que marcha sin aparentar, sin rupturas, sin golpes, sin necesidad de hacha, de piedra o de cuchillo. Yo quisiera vivir a la orilla de un lago. Cada día, ahondar unos metros para que la corriente fluya y mis hijos, mi nieto, los hijos de los nietos, los nietos de los hijos, y los hijos de éstos y los nietos, no vivieran la historia de este país malhadado. Legar un futuro sin presente. Que la historia no sea sino aquella de las gentes que carecen de historia.

Confieso que sólo soy aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, las escribió y su testimonio es verdadero. Hay también otras muchas cosas que hizo Leopoldo; si se escribiesen cada una por sí, ni aún en el mundo pienso que cupieran en los libros que se habrían de escribir. No sé si incumbe contarlas ahora, pues contadas algunas fueron y las que no lo fueron lo serán en su momento que no es éste, aunque no alcance a saber por qué. Tal vez no pretendo hablar del pasado, que es sólo mío y de los míos, una historia que obtuvo ya consuelo, no necesitó ser lavada, pues sucia no era, ni desea algún resarcimiento.

En el principio era el verbo. Todas las cosas por él fueron hechas y sin él nada de lo que no es cabe serlo. Pero el verbo es siempre pasado. Más de cien generaciones. Silencio, y que la historia no sea por los siglos de los siglos. Amén.